

Vinicio no se acostó aquella noche.

Así que hubo salido Petronio, ya que ni los gemidos ni los gritos de los esclavos apaleados bastaban á calmar su furor, reunió otro grupo de siervos, poniéndose él al frente, para recorrer la ciudad en busca de Licia, aunque era ya muy entrada la noche. Inició sus pesquisas en el barrio del Esquilino, atravesando luego la Suburra y las calles adyacentes. Dirigió sus pasos hacia el Capitolio, y pasando por el puente Fabricio, llegó á la isla y recorrió gran parte del Trastevere. La pesquisa era inútil; él mismo no abrigaba esperanza alguna de encontrar á la joven, y su insistencia en buscarla obedecía, más que á nada, á la necesidad de ocupar en algo aquella terrible noche, perdida para el descanso. Volvió á casa al rayar el alba, cuando los carros de hortalizas empezaban á llegar á la ciudad y los panaderos abrían sus tiendas.

Al entrar ordenó que fuese levantado el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y envió á la cárcel á los demás esclavos que habían dejado escapar á Licia: pena mucho más terrible, para ellos, que la misma muerte. Se tendió sobre algunos cojines en el atrio, y se puso á pensar en los medios más prácticos y posibles para ver de nuevo á su amada.

No admitía la posibilidad de no encontrarla, de tener que renunciar á ella, de perderla para siempre. Cuando le asaltaba una duda, se enfurecía como un loco.

Por primera vez su naturaleza prepotente encontraba resistencia luchando contra otra voluntad inflexible, y no podía consentir que nadie se opusiese á sus propósitos, y antes que verlos desvanecidos prefería la destrucción del mundo.

Se le había arrancado bruscamente el cáliz del placer antes de que pudiera acercárselo á los labios, y le parecía esto tan monstruoso que clamaba venganza de los dioses y de todos los hombres.

Jamás en su vida deseó cosa alguna con más ansia y frenesí que los que entonces le consumían en su anhelo de poseer á Licia, pareciéndole que no podía vivir sin ella. De cuando en cuando sentía impulsos de rabia impotente contra la muchacha, rayanos en el delirio. Hubiera deseado tenerla en su poder para azotarla hasta hacerle saltar sangre y arrastrarla por los cabellos hasta el *cubiculum*. Después le entraba otra vez el deseo de oír aquella dulce voz, de ver aquellos ojos azules, y de encontrarla, en fin, para postrarse á sus pies. La llamaba por su nombre, se mordía las manos y se golpeaba el cráneo desesperadamente.

En vano se afanaba por discurrir y escoger el medio más fácil y mejor para encontrarla: mil y mil recursos le acudían á la mente. Una idea, por fin, le asaltó y concentró en ella sus preocupaciones: sólo Plaucio había podido recuperarla, ó, por lo menos, debía saber dónde se había refugiado. Resolvió, sin pérdida de momento, presentarse en la casa del antiguo soldado. Si éste, despreciando sus amena-

zas se obstinase en callar, correría en seguida al palacio imperial para acusarle por su desobediencia, obteniendo así su sentencia de muerte; pero antes trataría, por todos los medios, de descubrir el misterio que rodeaba la detención de Licia.

Aulo y Pomponia lo habían acogido y cuidado con cariño; pero ¿qué importaba? Con la ofensa que le habían inferido le desligaban de todo deber de gratitud.

Y aquí su espíritu, ávido de venganza, gozaba con la idea de la desesperación de Pomponia cuando el centurión llevase á su casa la sentencia de muerte del viejo Plaucio. Ayudado por Petronio y sabiendo que Nerón nada negaba á sus amigos, principalmente si se trataba de satisfacer un deseo de venganza, tenía la seguridad de llegar á la ejecución de sus planes.

De pronto cesaron los latidos de su corazón; temible sospecha le había asaltado:

—¿Si hubiese sido el mismo César el raptor de Licia?

Todos sabían que Nerón tomaba parte en nocturnas agresiones para matar su aburrimiento, y Petronio se prestaba con frecuencia á acompañarle. Su diversión principal consistía en coger mujeres y mantearlas hasta que perdían el sentido. Nerón titulaba esta clase de agresiones «la pesca de perlas,» porque á menudo le era dado encontrar alguna verdadera perla de juvenil belleza en los barrios de la ciudad donde se aglomeraba numerosa población de indigentes. En tales casos, la *sagatio*, el acto de mantear, se convertía en un rapto, y la *perla* era trasladada al Palatino ó bien á una de las muchas quintas de César, cuando no la ofrecía en galardón á un amigo. Esto, quizá, debía haberle ocurrido á Licia. El emperador la vió en el banquete, y Vinicio no dudó un instante de que su amada debió parecer á Nerón la más hermosa entre todas las mujeres que había visto ó poseído. Pero César, como Petronio había dicho, era un bellaco y prefería valerse de las tinieblas aun para aquello que podía obtener á la luz del sol; además el miedo á Popea le aconsejó obrar con prudencia en aquel caso. Y entonces el joven guerrero se convenció de que Aulo no se hubiera atrevido á quitarle una mujer que César le había concedido. ¿Quién podía ser tan osado? Tal vez aquel licio de los ojos azules, que había tenido el valor de penetrar en el triclinio y llevarse fuera á la muchacha. ¿Y dónde la ocultaba? ¿Adónde la había conducido? ¡No! Un esclavo no podía... ¡En conclusión, se trataba de César!

Ante este pensamiento, la vista se le anublaba y gruesas gotas de sudor corrían por su frente. ¡Licia estaba perdida para él! De otros brazos podía arrancarla; de los de César, jamás. Con razón había de exclamar: *Vae misero mihi!* Le parecía ver á Licia en brazos del emperador, y por primera vez comprendió que pueden sobrevenir pensamientos contra los cuales se estrella toda fuerza humana. Entonces sintió toda la extensión de su amor, y como náufrago que ve desfilar en un momento ante su imaginación todos los acontecimientos de su vida, así veía él á Licia, recordando su encuentro junto á la fuente, sus conversaciones, su estancia en casa de Aulo, su declaración, su visita con Petronio, el banquete en el palacio... Le parecía mil veces más hermosa, más apetecible que nunca, mil veces más digna de ser la única elegida de los dioses y de los hombres. Y pensando que lo que él más amaba en el mundo estaba en poder de Nerón, sufría tan agudo dolor, que se sintió tentado de golpearse la cabeza contra las columnas del atrio hasta destrozársela. Creyó que iba á enloquecer, y hubiera, indudablemente, perdido el juicio, á no sostenerle la idea de la venganza. Y así como antes se figuraba no poder vivir sin ella, juró luego no morir hasta haberla vengado; y encontró alivio en este propósito. Cogió un puñado de tierra de las macetas de flores del *impluvium* y juró por todos los dioses vengarse lo antes posible.

Tenía, pues, un objetivo en la vida, un deber que cumplir. Renunció á visitar



á Plaucio y se hizo conducir al Palatino. En el camino se le ocurrió pensar que si no era admitido en el palacio ó se le pedían las armas al entrar, serían pruebas evidentes de que César era el raptor de la joven; pero él no llevaba armas. Todos sus sentidos se concentraban en un solo punto, y no vivía más que para pensar en su venganza futura, porque no intentaba precipitar los acontecimientos. Primeramente debía hablar con Acté, para oír de sus labios la verdad, logrando quizás, al mismo tiempo, ver á Licia. Esta sola idea le hacía temblar. En cambio, si César la hubiese raptado, ignorando quién era, estaba seguro de que se la devolvería allí mismo. Pero desechó idea tan absurda, porque en el supuesto de que Nerón pensara devolvérsela, podía haberlo hecho el día anterior. Acté era, pues, la única persona que podía darle explicaciones, y á ella debía recurrir sin perder momento.

Ordenó á los esclavos que aligeraran el paso y continuó, durante el camino, pensando ora en Licia, ora en sus planes de venganza.

Había oído decir que algunos sacerdotes egipcios tenían poder para causar toda clase de daños á cuantas personas querían perjudicar, y decidió descubrir á toda costa semejante secreto. Sabiendo también que los hebreos, mediante ciertos conjuros, eran capaces de cubrir de llagas el cuerpo de sus enemigos, y teniendo algunos hebreos entre sus esclavos, resolvió ponerlos en tortura hasta que lograra conocer los medios de que se valían en tales casos. Más que nada, sin embargo, le sonreía la idea del corto puñal romano, que abría camino á torrentes de sangre tan grandes, que sus huellas imborrables permanecían en las columnas del pórtico desde los tiempos de Cayo Calígula. Se sentía con ánimos de destruir Roma entera. Si un dios vengador le hubiese ofrecido la muerte de todo el género humano, salvándose Licia y él, hubiera aceptado sin vacilar el extraño y cruel ofrecimiento.

Llegado que hubo al arco del portón, recobró su sangre fría, y encontrándose frente á la guardia, le acudió de nuevo la reflexión que había hecho: «Si se me opone la menor dificultad, querrá decir que Licia se halla aquí por voluntad de César.»

Pero el centurión le saludó con amistosa sonrisa, se acercó y le dijo:

— ¡Salud, noble tribuno! Si deseas una audiencia de César, has escogido mala hora; creo que te será muy difícil llegar á su presencia.

— ¿Qué ha sucedido?, preguntó Vinicio.

— La divina princesita Augusta enfermó ayer repentinamente. César y Popea no la dejan un momento, y con ellos están los médicos mandados á buscar de todas partes.

El hecho era verdaderamente grave. Cuando nació aquella niña, Nerón estaba loco de alegría y la acogió con *extra humanum gaudium*. Antes de su nacimiento, el Senado había recomendado á los dioses, con excepcional solemnidad, el fruto de las entrañas de Popea. Se llevaron holocaustos á Anzio, donde había nacido la niña; se celebraron magníficas fiestas, y además se erigió un templo á las dos Fortunas. Nerón, que para nada tenía medida, amaba á su hija con idolatría, y Popea también sentía por ella gran afecto, aunque sólo fuese porque la criatura había venido á consolidar su posición y aumentar su influencia. El destino de todo el imperio podía depender de la vida de aquel ser infantil: pero Vinicio, demasiado preocupado con su amor, interrumpió el discurso del centurión, diciendo:

— Yo sólo quiero hablar con Acté.

Y entró en palacio.

Pero Acté se hallaba también junto á la niña enferma, y el tribuno tuvo que esperarla largo rato. Era ya mediodía cuando compareció la liberta, pálida y desencajada. Al ver á Vinicio palideció más intensamente.

— ¡Acté!, exclamó Marco, casi arrastrándola por la mano hasta el centro del atrio, ¿dónde está Licia?

— ¡Es lo que yo quería preguntarte!, respondió ella con gesto severo.

Y Vinicio, aunque se había propuesto informarse con serenidad y calma, se llevó las manos á la cabeza, y con el rostro descompuesto por la ira y la angustia, prorrumpió en un grito:

— ¡No está! ¡Me la han robado en la calle!

Después de un rato, en que trató de calmarse, añadió:

— Acté, si amas la vida, si no quieres ser causa de enormes desgracias de que no puedes formarte idea, respóndeme sinceramente. ¿Fue César quien me la robó?

— César no abandonó un momento el palacio en todo el día de ayer.

— ¡Por la sombra de tu madre, por todos los dioses, dime si se halla aquí!

— Por la sombra de mi madre, por todos los dioses, ella no está aquí, ni fue César su raptor. La pequeña Augusta yace enferma desde ayer, y Nerón no se ha alejado de su cuna.

Vinicio respiró con holgura. El daño que consideraba peor se había evitado.

— Entonces, exclamó, dejándose caer sobre un banco y apretando los dientes en actitud amenazadora, entonces Aulo fue quien me la quitó. ¡Ay de él!

— Aulo Plaucio estuvo aquí esta mañana; no pude hablarle porque me hallaba á la cabecera de la enferma; pero sé que pidió noticias de Licia á todos los siervos de César, y anunció que volvería más tarde para hablar conmigo.

— ¡Se comprende! Para alejar toda sospecha. Si no tuviese parte en lo sucedido, hubiera ido á mi casa en seguida para informarse.

— Dejó escritas unas líneas, de las cuales se deduce que conocía la causa que impulsó á Nerón á sustraerle á Licia: no ignora que lo hizo por voluntad tuya y de Petronio, y por lo mismo previó que te sería entregada. Hoy, muy temprano, ha ido á tu casa.

Diciendo esto, corrió al *cubiculum* y volvió con una carta en la mano. Vinicio leyó el escrito y calló.

Pareció que Acté leía en el semblante del tribuno los siniestros planes que maquinaba, pues le miró atentamente y dijo:

— ¡No, Marco! Sucedió lo que deseaba Licia.

— ¡Sabías que quería huir!, gritó Marco.

— Yo sabía que no había de ser tu concubina.

Y al decir esto, le dirigió una mirada severa.

— Y tú... ¿qué otra cosa has sido en tu vida?

— ¡Una esclava... y nada más!

Vinicio no pudo refrenar su ira. Nerón le había prometido á Licia, así es que no le correspondía interesarse por su anterior condición, y él la sabría encontrar aunque estuviese escondida en las entrañas de la tierra, y entonces haría lo que más le pluguiera. Sin duda ninguna, tenía que ser su concubina.

La haría fustigar á su gusto, y el día en que se hastiase de ella, la cedería al último de sus esclavos ó la mandaría á una de sus posesiones africanas para ocuparla en mover la rueda de un molino. Quería buscarla y, una vez hallada, pisotearla. Iba excitándose por momentos, por lo cual Acté comprendió el inmenso dolor de aquel espíritu apasionado y hubiese acabado por sentir compasión; pero los extravíos y desmanes de Vinicio le hicieron perder la paciencia y creyó oportuno preguntarle la causa de su visita.

Vinicio, al punto, no pudo responder. Dijo luego que la había visitado para hablar con ella, esperando tener alguna noticia; pero, en realidad, se proponía ver á César, y no habiendo podido obtener audiencia, se había dirigido á ella. Con su fuga, Licia había desobedecido á la voluntad de César, y por esto quería rogarle



que se hicieran pesquisas en toda la ciudad, en todo el imperio, aun á riesgo de poner en armas legiones enteras y registrar todas las casas del imperio romano. Petronio apoyaría su súplica y en seguida empezarían las averiguaciones.

— Cuida, sin embargo, añadió Acté, de no encontrarla y luego perderla para siempre por orden del emperador.

Vinicio arrugó la frente.

— ¿Qué intentas decir con eso?

— ¡Oyeme, Marco! Ayer paseaba yo por el jardín con Licia. Encontramos á Popea, con la niña en brazos de la negra Lilita. Anoche mismo la niña enfermó, y la negra sostiene que la pobre criatura ha sido víctima de un hechizo de aquella joven extranjera que encontraron en el jardín. Si la niña se salva, todo quedará olvidado; pero, en caso contrario, Popea no dejará de acusar á Licia como bruja y la infeliz se perderá para siempre.

Después de una pausa, dijo Vinicio:

— ¡Quizás me ha hechizado á mí también, además de la niña!

— Lilita afirma que la pequeña Augusta empezó á gritar en el momento en que pasó por delante de Licia. Esto es verdad; pero sólo da á entender que ya se sentía mal cuando salió al jardín. Marco, busca á tu Licia; pero mientras la niña no esté curada, no hables á Nerón, si no quieres exponer á tu amada á la venganza de Popea. ¡Bastantes lágrimas derrama por tu culpa! ¡Que todos los dioses la protejan!

— ¿Tú la quieres, Acté?

— ¡Sí, la quiero!

Y los ojos de la liberta se llenaron de lágrimas.

— La quieres porque no te corresponde, como á mí, con el odio.

Acté le miró vacilante, no comprendiendo si hablaba en serio. Después respondió:

— ¡Pobre ciego!... ¡También ella te amaba!

Vinicio se exaltó al oír tales palabras y gritó:

— ¡No es verdad!

Ella le odiaba. ¿Qué podía saber Acté? Con un solo día de tratarla, no podía haberse establecido entre ellas dos tal intimidad y confianza. ¿Qué especie de amor era aquel, que prefería una vida de privaciones, una miseria terrible, una continua incertidumbre del mañana, ó tal vez una innoble y vergonzosa muerte, á una espléndida casa, guarnecida de flores, donde la esperaba ansioso el amante enamorado? Mejor era no hablar de ello, para no enloquecer. Él no la habría cedido por todos los tesoros del mundo, y ella, ¡ingrata!, huía. ¿Qué amor era aquel, que rehusaba el placer y prefería el dolor? ¿Quién la comprendía? Si no le hubiese animado la esperanza de encontrarla, se hubiese atravesado el corazón con su misma espada. El amor se rinde, pero no huye. Hubo momentos, en casa de Aulo, en que se inclinaba á creer que su felicidad estaba cercana, y ahora veía con claridad que ella no sentía por él más que odio, que siempre le había odiado y que siempre le odiaría, hasta que exhalase el último suspiro.

Al oír estas palabras, Acté, de ordinario benigna y prudente, no pudo contener su indignación. ¿De qué modo había tratado de cautivar el corazón de Licia? ¡En lugar de obtenerla, franca y noblemente, de Pomponia y de Aulo, la había sacado de aquella casa con el engaño y la astucia, y no ya para hacerla su mujer, sino su concubina! ¡Su concubina la hija adoptiva del ilustre guerrero, la hija de un rey! Y no satisfecho con esto, la había llevado á aquel antro de vicios y corrupciones, ofendiendo la mirada purísima de Licia con el abyecto espectáculo de una orgía ignominiosa, y tratándola como á la última cortesana. ¿No recordaba la casa de

Plaucio, donde la infeliz había sido educada? ¿No se le ocurría la idea de que podrían existir mujeres muy distintas de Nigidia, de Calvia Crispinila, Popea y otras que frecuentaban el palacio de César? ¿No había, pues, reconocido en Licia, desde el primer momento, una criatura superior, que á la deshonra había de preferir la muerte? ¿Cómo podía saber él si las divinidades que ella adoraba no eran más nobles y más puras que la Venus ó la Isis, ante cuyos altares se prosternaban las romanas más corrompidas? ¡No! Licia no le había confiado ningún secreto; le había expresado únicamente su fe en Vinicio, de quien esperaba la salvación, creyendo que por él sería restituida á Pomponia, con permiso de César. Y haciendo tales confidencias, se había encendido de rubor, como toda niña enamorada y creyente. ¡Su corazón latía por él, y él la había atemorizado y ofendido! Y se disponía á seguir su huellas con el auxilio de los soldados de César: había de recordar, no obstante, que en el momento en que muriese la hija de Popea, recaerían sobre Licia las sospechas y su condenación sería inevitable.

Vinicio recordó aquella escena en el jardín de Aulo, cuando Licia, ruborizada y radiante de felicidad, escuchaba sus frases apasionadas. Entonces había empezado á amarla; y este pensamiento le inundaba el corazón de goces jamás sentidos.

Pensaba cuán fácil le hubiera sido, desde aquel día, haberse ido apoderando de aquella alma virgen. Licia hubiera coronado su puerta, la hubiera untado con grasa de lobo y se hubiera sentado con él, cual mujer propia, sobre pieles de oveja, junto al hogar doméstico. Sus labios hubieran pronunciado el ritual juramento: «Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya.» Y suya hubiera sido para siempre. ¿Por qué no lo hizo así? Ahora, en cambio, la había perdido y tal vez no volvería á encontrarla; pero, aun dándose el caso de que apareciese, ni ella ni sus padres adoptivos querrían oír hablar de él. Le acometió otro arrebató de ira, pero no contra Plaucio y Licia, sino contra Petronio, que era el único culpable. Sin él, Licia no hubiera buscado su salvación en la fuga; hubiera sido su esposa, y ningún peligro hubiera amenazado á aquella mujer amada. Mas ya era tarde para todo remedio; ya no se podía mudar lo que era inmutable.

«¡Demasiado tarde!» Le parecía que á sus pies se abría un abismo, y no sabía qué pensar, ni qué hacer, ni adónde dirigir sus pasos.

Como un eco repitieron los labios de Acté: «¡Demasiado tarde!» palabras que, pronunciadas por otra boca, sonaban como sentencia de muerte. Solamente de una cosa podía darse cuenta cabal: de que, á toda costa, debía encontrarse el paradero de Licia.

Envolvióse con movimiento instintivo en la toga, y se disponía á marchar, sin despedirse, cuando, de repente, levantóse la cortina que separaba el atrio del vestíbulo y apareció ante él la figura majestuosa de Pomponia Grecina.

Conociendo la nueva de la desaparición de Licia, iba á visitar á Acté para saber detalles, suponiendo que la liberta podría confiarse á ella mejor que á Plaucio. Al ver al tribuno, volvió hacia él su rostro pálido y delicado, y exclamó:

— ¡Que Dios te perdone, Marco, todo el mal que nos has hecho á Licia y á nosotros!

Confuso y avergonzado, conocedor de su culpa, quedó un momento pensativo, no comprendiendo cuál pudiera ser el Dios que había de perdonarle, siendo así que Pomponia tenía derecho á hablarle de venganza antes que de perdón.

Después, turbado, oprimido, cansado, se alejó.

En el patio y bajo la galería se aglomeraba una muchedumbre ansiosa de noticias acerca de la pequeña Augusta y ávida de mostrar su celo y su adhesión, aunque sólo fuera á los ojos de los esclavos. La noticia de la enfermedad había reco-



ruido Roma entera, y de todos puntos llegaban al palacio personajes y gente del pueblo que obstruían la entrada. Muchos, viendo salir á Vinicio, le acosaban á preguntas; pero él avanzaba sin contestar, hasta que topó con Petronio que llegaba en aquel momento para informarse de la salud de la niña.

La presencia de Petronio hubiese bastado para enfurecer de nuevo á Vinicio, si el cansancio y el dolor que le oprimían no se hubieran sobrepuesto á su naturaleza violenta. Se limitó á rechazarle, tratando de proseguir su camino; pero Petronio le detuvo casi á viva fuerza.

— ¿Cómo está la divina Augusta?, le preguntó.

La violencia usada con él avivó su ira.

— ¡Que el averno se la lleve, y con ella todo el palacio!, gritó rechinando los dientes.

— ¡Calla, insensato!, respondió Petronio, murmurando después á su oído: Si quieres tener noticias de tu amor, ven conmigo. Aquí no te diré nada. Ven conmigo y hablaremos en mi litera.

Y abrazándole por la cintura, le condujo apresuradamente fuera del palacio. Este era, en verdad, su único intento, porque noticias de Licia no tenía ninguna. Como hombre de experiencia y lleno de recursos, y á pesar del enojoso incidente surgido entre ellos el día anterior, pero sintiendo gran afecto por el joven tribuno y considerándose responsable, en parte, de todo lo sucedido, no había tardado en ponerse en acecho y tomar todas las medidas que juzgó oportunas. Una vez acomodados ambos en la litera, dijo Petronio:

— He encargado á mis esclavos que vigilen todas las puertas de la ciudad. Además les dí exactos pormenores acerca de la muchacha y del gigante que la sacó del banquete, porque, sin duda, es el causante de todo. Ahora, escúchame: podría darse el caso de que Aulo y Pomponia quisieran esconder á Licia en una de sus quintas; si así fuera, sabríamos en seguida el camino que á ella conduce. Si mis esclavos no la ven salir por las puertas, será que no se ha movido de Roma. Así, pues, hoy mismo podremos comenzar nuestras pesquisas.

— ¡Aulo ignora donde está Licia!, respondió Vinicio.

— ¿Estás seguro de ello?

— Vi á Pomponia, que también la busca.

— Anoche no pudo abandonar la ciudad, porque de noche las puertas están cerradas. En cada una de ellas he apostado dos esclavos, uno de los cuales debe seguir á Licia y al gigante y el otro venir á avisarme inmediatamente. Si está en la ciudad, nos será muy fácil encontrarla, pues aquel licio, gracias á su estatura, no puede permanecer ignorado. Puedes estar contento de que no te la haya quitado Nerón, y te aseguro que no sabe nada: para mí no hay secretos en el Palatino.

Con voz trémula por la emoción, Vinicio le refirió cuanto había oído de labios de Acté y el nuevo peligro que amenazaba á Licia y hacía necesario esconderla cuidadosamente, si fuese hallada, por temor á Popea.

Después no pudo Vinicio abstenerse de dirigir á Petronio acerbas censuras por sus funestos consejos, sin los cuales todo hubiera salido á pedir de boca. Licia hubiera permanecido en casa de Aulo y él la hubiera visto todos los días y sería más feliz que un César. A medida que hablaba iba aumentando su conmoción, hasta que lágrimas de dolor y de rabia corrieron abundantes por sus mejillas.

Petronio, que nunca hubiera sospechado en su sobrino tan impetuosa pasión, al ver aquellas lágrimas, no pudo contener esta exclamación:

— ¡Oh invencible soberana de amor, tú sola dominas á los dioses y al mundo entero!

## XII

Cuando los dos descendieron de la litera frente á casa de Petronio, el atriense les notificó que no había vuelto ninguno de los esclavos enviados á vigilar las puertas de la ciudad. Les había mandado la comida y el aviso de que serían azotados los que no hubiesen cumplido rigurosamente su misión.

— No cabe duda de que está en la ciudad, dijo Petronio. Envía también á tus siervos á las puertas, y con preferencia los que escoltaban la litera, que serán los que más fácilmente reconozcan á Licia.

— Los mandé á las cárceles, respondió Vinicio; pero no importa. Revocaré la orden y los enviaré á las puertas, como me aconsejas.

Escribió luego algunas palabras en una tablilla de cera, que Petronio remitió á casa de su sobrino. Ambos entraron en el pórtico interno y sentáronse sobre un banco de mármol, conversando largo rato.

Eunica, la preciosa esclava de cabellos de oro, é Iras pusieron á sus pies escafeles de bronce y rellenaron los cálices con el vino que contenían las ricas ánforas de cuello estrecho, traídas de Volterra y de Cecuba.

— ¿Alguno de tus esclavos conoce, por casualidad, á aquel licio gigantesco?, preguntó Petronio.

— Atacino y Gulón lo conocían; pero uno cayó muerto ayer al defender la litera, y al otro lo maté yo.

— ¡Cuánto me aflige!, exclamó Petronio. ¡Pensar que los dos te han llevado en brazos!

— Mi intención era darles la libertad, replicó Vinicio; pero no hablemos de ellos ahora; hablemos de Licia. Roma es un mar.

— El mar es precisamente el sitio donde se pescan las perlas. Es cierto que no la encontraremos hoy, ni mañana, pero también es verdad que acabaremos por encontrarla. Tú me censuraste por haberte indicado un camino falso. ¡No! El camino, que era bueno, andando por él, se ha echado á perder. ¿No oíste tú mismo de labios de Aulo que quería trasladarse con los suyos á Sicilia? En este caso, Licia y tú os hubierais separado.

— Les habría seguido. Y cuando menos, Licia estaría fuera de todo peligro. Así, en cambio, Popea, si se le muere la niña, creará y hará creer que Licia ha sido la causa de tal desventura.

— ¡Ya! Aquí está el mal, precisamente; mas confiemos en que la niña curará, porque si muere, debemos preparar un camino para que salga con bien.

Después de reflexionar un poco, continuó:

— Popea, por lo que se dice, sigue la religión judaica y cree en los espíritus malignos. César es supersticioso. Si hacemos correr la voz de que Licia ha sido arrebatada por tales espíritus, se prestará fe á la especie propalada, tanto más